

# HIDEKI Y LA COMPLE- JIDAD

---

NARRATIVA

31/5/2018

VELÁZQUEZ



“¿No podés parar un rato?” le retrucó a su propia cabeza. Es que venía pensando desde unas cuantas cuadras, lejanas e interminables, en cualquier cosa desenfocada de la vida real. Porque la vida real que lo interpelaba segundo tras segundo, de los que se mueren sin dejar rastro, le era esquiva. Invisible, por ende, intratable.

Hideki, un japonés que hacía mucho vivía en la Argentina, trataba de consolarlo a través de sus milenarias técnicas de sanación como el descanso, el ayuno y la oración.

Haciendo caso omiso de lo que su tintorero favorito le recomendaba, se la pasaba ensimismado en jornadas de catástrofe mental. De hecho, ese día, tomó cientos de colectivos para modificar la ruta directa hacia su casa, sólo para concentrar los esfuerzos en otras ocupaciones: memorizar carteles de la calle o definir las gamas de colores utilizados en diferentes barrios de la ciudad. El tan mentado apotegma de “no pensar” que acaba siendo una farsa.

Le puso las tildes a la estatura de los techos y a las mayúsculas rebeldes, hijas de diseñadores gráficos heterodoxos. Todo con su dedo índice derecho, el mismo con el que hacía unos segundos le había roto un florero de Aichi a Hideki, el japonés sabio y coleccionista de la tintorería.

Las caprichosas medianeras le generaban estupor. Quería demolerlas, para beneplácito de los arrendatarios y los vecinos. Hideki, una vez, le dijo que las medianeras fueron construidas para enseñar la paciencia a los implicados, para que los altercados rebotaran, para que la hiedra se aferre.

Ese día también se había escapado, encolerizado y ciego, de una reunión familiar. Los gritos lo mortificaban. Quería levantarse de la mesa y volar hacia un mundo lejano, porque bien sabido es que el pasto es más verde allí, enfrente o en otro lugar, donde no estemos parados nosotros. Incólume y abstraído, discurría en la superfluidad de las charlas vacías de contenido que se repetían a sí mismas en ciclos constantes de chismes desgastados y trivialidades menores. Sin poder tragar los bocados, se figuraba siendo azotado contra un vidrio, mientras un investigador privado lo increpaba y le preguntaba, sin escatimar en insultos: “¿quién es el que está equivocado acá, ¿eh?”.

Hideki sabía que esa mezcla de auto masoquismo con total ingenuidad para manejar las situaciones aparecería cuando se le avecinara como una tormenta, cuando se encontraran cara a cara. Como un rayo, como un relámpago furtivo y voraz, fue corriendo hacia él, movilizado por la indignación vernácula. En el folklore de la acusación irascible, Hideki recurrió a los más complejos mecanismos de meditación instantánea y pudo detener el veloz fluir de su sangre. Sintió un frío polar en las articulaciones y supo que había podido detener el impulso; sin embargo, sus ojos albergaban todo el rojo que no había escapado a través del circuito venoso.

Ese día, sospechaba, el *quid* de la cuestión no residía en su estúpida falencia relacionada al factor social. Eso, tal vez, se nos incorpora aun cuando no tenemos uso de razón. Eso se va absorbiendo, es inevitable, pero luego tiene distintas formas de ir encajándose en el ADN de cada uno. Bruno, según su psicoanalista,

no podía ser sólo una persona por día. Incluso le diagnosticó que durante toda su vida podría ser tantos seres humanos como pudiera afrontar su imaginación. Sin dudas la futurología le generaba curiosidad y le sonaba agradable, pero soportar ese calvario era otra historia.

Un jueves absurdo, en donde parecía que era un bergante, la normalidad de la mañana se vio alterada por un error de cálculo. Se le ocurrió pasar por la tintorería del sonriente y despreocupado Hideki, flacucho, enjundioso, *vintage*. Decidió esperar la muda de ropa que había dejado apenas un par de días atrás. Se aburría y no pudo contener su espíritu curioso, lo que le valió múltiples insultos en una lengua extraña, pariente de los trabalenguas<sup>1</sup>. Cuando logró escapar del asedio importado prefirió echarse a caminar sin rumbo fijo, pues la tarde se ofrecía entera.

Hideki comprendía que los actos reflejos demoran medio segundo en dispararse. Que las decisiones que tomamos de forma apresurada, a pesar de muchos otros badulaques, no están signadas por la buena o la mala suerte, sino que se erigían en una acción forjada en base a un cúmulo de experiencias, puntos de vista, creencias particulares, saberes adquiridos, opiniones refutadas, malos momentos vividos, intuición, inconsciente desahogado, suplantación de personalidad, anhelos de actor de Hollywood, sacrificios rituales de vírgenes inocentes, frustraciones varias, Complejo de Edipo, odio reprimido hacia los padres y, particularmente, hacia uno mismo. Hideki, un asiático más americano que varios latinos, una persona intachable y trabajadora, apretujó su inexpugnable humanidad y bajó la cabeza y masculló su epifanía de sumisión, pero a pesar de estar justificado su berrinche se reconoció orgulloso al no querer escuchar ni uno de los argumentos del malhechor.

Bruno alcanzó a balbucear un pedido de disculpas y ya sentía que no iba a ser suficiente, porque nunca lo es. Y si bien es más fácil pedir perdón que permiso, estaba realmente dolido por su descuido. Hideki no lograba empatizar, tal vez porque al no poder poner en palabras los sentimientos, las definiciones nos resultan muy difusas, muy de cartón. El idioma y sus barreras, lo dicho y lo callado, un comerciante y su cliente... ¿hace falta agregar algo más? El tintorero concluyó el encuentro con una breve reflexión, lágrimas en los ojos, puño apretado. Dio una media vuelta novelesca y escapó entre la cortina de tiritas.

Más allá de esa situación aberrante, a Bruno le fallaban ciertos circuitos. Según él, algo en su cabeza hacía "falso contacto" y yacía aturdido sin poder recordar siquiera los detalles más frívolos. Incluso esa especie de "muerte temporal", muchas veces, lo convertía en el alma de la fiesta.

Como ese día, hace mucho, en que halló los mejores caminos mentales, la lucidez de la Filosofía cotidiana, y se dio el lujo de crear una teoría sobre las redes sociales. Bruno las llamaba "trampas mortales", buscando una complicidad en la rima de las palabras que, se sabe, evaden astutamente cualquier intento de taxonomía por parte de los delincuentes que quieran apropiarse de ellas. Esa jugareta le había traído serias consecuencias en uno de los talleres de pintura a

---

<sup>1</sup> En tanto uno lo analice desde el idioma Castellano.

los que asistía, cuando discutió con su profesora – que, con sus desinhibidos 56 años, le dio una cachetada por haber deshonrado la integridad de su hija que demostraba una radiante obsesión por exponer su figura en Internet-. Bruno le devolvió un gargajo amalgamado con restos de cigarrillos, y eso le costó varios pesos y la desvinculación del grupo de artistas plásticos, con los que también improvisaba con el bongó los sábados a la mañana en una plaza del barrio. Los integrantes del conjunto musical argumentaron que no podían mancillar su honor ni embarrar el futuro por resguardar a un agitador, por más creativo que fuere.

Hideki le comentó que el desarrollo de las posturas personales, casi siempre, está impregnado de un egocentrismo ridículo que fulmina todo tipo de intelectualidad o de utilidad. “El pragmatismo no es para todos”, solía decir en japonés, sobre todo cuando le acercaban trajes o vestidos imposibles de limpiar.

Era un jueves sin fútbol, sin pasión, sin comida casi ya en la heladera y que arrastraba la paternal e inentendible moraleja de Hideki.

Día viernes, apesadumbrado por la vertiginosidad de la pelea y abrazando la acidez del culpable, el primer pensamiento que pudo elaborar Bruno fue “hoy me quedo en pijama”. El afán quisquilloso por encadenar los hechos de forma racional era un berretín que lo mantenía ocupado, entonces trataba de justificar cada sensación con una acción, cada ensayo con su error y cada pieza del rompecabezas ficticio que se dibujaba en su mente debía encastrar.

Bruno le mintió a la familia sobre su carrera universitaria. Mintió a su ex novia diciéndole que estaba con otra mujer, pero en realidad se había ido a jugar al fútbol con unos compañeros de trabajo. Ése suele ser un buen ejemplo para graficar su modo de proceder: esquivaba una represalia proyectada, sin análisis previo ni recuento de consecuencias factibles. Las reacciones de quienes lo rodeaban eran, sin duda, mucho más coherentes que sus actitudes (o las de su *alter ego*). Aunque en su vademécum de mentiras obligatorias había una que era peor y era mentirse a sí mismo<sup>2</sup>. Entendía que romper la reliquia ancestral del tintorero japonés estaba mal, pero su desidia podía ser camuflada con gestos ampulosos de superación e indignación argentina.

Hideki lo frenaba ante la posibilidad de calumnia, pero eran contadas con los dedos de una mano las ocasiones en las que el japonés tenía incidencia directa en el comportamiento de uno de sus clientes más problemáticos. Aun así, Bruno se había ganado su simpatía y una membresía implícita de una buena mentoría.

Ese era el día de la transformación. Bruno le escribió un mensaje a Paula –la profesora del taller de pintura-, le dijo que no iba a reincorporarse a los cursos, sobre todo después de lo vergonzoso que había sido para él la expulsión.

Llamó por teléfono a la secretaria del psicólogo y le dijo, textual, “no me rompas más las bolas con notificaciones de Facebook. De paso, ¿para qué tendría un grupo abierto ese degenerado? ¿Qué contamos, nuestros sueños y todos nos

---

<sup>2</sup> El lector puede creer con todo permiso que esta frase se trata de un chiste o de una tomada de pelo. El autor sabe muy bien que quizás dice sin decir, argumenta sin tener fundamentos y solamente constituye, acaso, una puerta entreabierta.

cagamos de risa juntos?”. Hideki aseguraba que la honestidad era la mejor vacuna frente a la hipocresía que respira el mundo en cada recoveco y que siempre es un soplo de aire fresco toparse con una persona íntegra.

Bruno se había levantado siendo un traidor a su propia idiosincrasia ya que solía gambetear los problemas para no tener contacto físico, y hasta en ocasiones sonoro, con otras personas. Pero estaba reaccionando. Estaba decidido a ser alguien con expectativas concretas. Era un tema de puntería: seleccionar cuál sería ese acontecimiento que le cambie la vida, le plante una sonrisa, le chante un sello de buena suerte al resto del día.

Enseguida, concertó una cita prometedora para salir a comer con una ex compañera de la facultad, Viviana. Él creía que Viviana, a pesar de ostentar un nombre que le sonaba a aristocracia, era una chica divertida con la que compartían intereses similares (podríamos llamarlos tranquilamente desintereses, para nombrar de modo más fiel).

Ya despojado del pudor que Hideki le había impreso en la frente, la calamitosa culpa del que huye, decidió caminar por el centro el viernes a la tarde. Adornado con unos auriculares gigantes de color blanco, recubiertos con una capa de símil madera de roble precioso, demostraba un aire de galantería particular. Se lo podía diferenciar de otros cuerpos y, en simultáneo, se camuflaba con la masa impensante que cruzaba la senda peatonal con apuro indisimulable.

La conclusión del japonés, siempre austero en cuanto al perorar burocrático del estafador, no carecía de certezas. Hideki había reflexionado: “Excusas... complejas. Vos hacerte cargo. Corresponde.”

Bruno, con demora de un día, se atemperó y asumió la culpa, el gasto y el resto de su vida.